



JOEL SANTAMARÍA

NOCTURNALIA


ESPASA

SOLIS ANCTISSIMO SACRVM
TI CLAVDIVS FELIX ET
CLAVDIA HELIA ET
TI CLAVDIVS FELIX ET
TI CLAVDIVS FELIX ET
TI CLAVDIVS FELIX ET
TI CLAVDIVS FELIX ET
TI CLAVDIVS FELIX ET

JOEL SANTAMARÍA

NOCTURNALIA

RELACIÓN DE LOS EXTRAÑOS SUCESOS
OCURRIDOS EN PALMIRA Y EN TARRACO



ESPASA  NARRATIVA

© Joel Santamaría Matas, 2021
© por la cartografía, CalderónSTUDIO®
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño

Primera edición: marzo de 2021
Segunda edición:

Depósito legal: B. 2.202-2021
ISBN: 978-84-670-6083-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Oh, reina de la noche, señora del inframundo y de los océanos sin luz, te invoco. Dame fuerzas para transcribir fielmente la cadena de acontecimientos que me llevó a convertir en tu más devoto servidor para toda la eternidad. Empezaré por describir la época en que me tocó vivir mi breve existencia, la más turbulenta que el imperio romano había conocido hasta entonces: un total de veintiséis césares se habían sucedido en los anteriores treinta y nueve años de manera tumultuosa, sin que uno solo de ellos llegara a fallecer de muerte natural. Y así, mientras las legiones se desangraban en guerras civiles, los bárbaros penetraban por las fronteras y saqueaban impunemente todo cuanto encontraban a su paso, llegando con sus hordas hasta los más apartados rincones del imperio. De bien poco servía que el creciente número de mercenarios que engrosaba esas legiones se hiciese cada vez más caro y difícil de mantener. Parte de la plebe, incapaz de seguir pagando los asfixiantes impuestos, se arrojaba al monte y pasaba a formar parte de los «bagaudas», los bandoleros que saqueaban las otrora seguras calzadas romanas, aumentando así el sentimiento de indefensión y de inseguridad generales. Y a todo esto habría que añadir la terrible epidemia conocida posteriormente como «peste cipriana», que había flagelado las ciudades más importantes del imperio durante más de veinte largos años y cuyos últimos coleta-

zos todavía se dejaban notar de vez en cuando. En verdad era como si el dominio de Roma sobre el mundo conocido, toda su civilización, tras quinientos largos años de existencia, estuviese a punto de desmoronarse y llegar a su fin.

Empezaré esta historia en el noveno día de julio del año 1033 Ab Urbe Condita; el 280 d. C, para los sectarios cristianos. El centurión de caballería Constante Barsemis cabalgaba por la vía Augusta, acompañado por trece jinetes más: seis de ellos eran caballeros acorazados que en aquella época se conocían como «catafractos», los otros siete, auxiliares. Tras haber asistido a la coronación del emperador Probo en Roma, regresaban a su hogar, situado en la apartada ciudad de Osca. En breve llegarían a la capital provincial de Tarraco, donde Constante tenía previsto descansar unos días en casa de su hermana Valentina. No iban solos, les seguía una caravana de diez mulas perteneciente a un mercader llamado Apolonio, que se les había juntado a las puertas de Barcino, intimidado por la creciente inseguridad de los caminos.

Era la hora sexta del mediodía y el calor apretaba; un calor más propio de los desiertos de Mauritania o de Arabia que del norte de Iberia. Los jinetes iban agotados por la dureza del camino, el peso de la carga y los rayos del sol, que caían a plomo. A ambos lados de la calzada se extendían terrenos polvorientos y sin la triste sombra de un árbol, campos de labranza tristemente abandonados y comidos por los hierbajos. La carretera seguía adelante, bien recta, hasta perderse entre la calima y los montes pelados del horizonte; en sus tramos más lejanos se divisaban falsas lagunas espejeando sobre las losas.

El bochorno era tan pesado que los catafractos aspiraban el aire a bocanadas, asfixiados como iban por el ardiente acero de sus lorigas. A sus corceles no parecía irles mejor, pues, agobiados por la doble carga que suponían los

caballeros acorazados y sus propias bardas protectoras, no dejaban de resollar ni de sudar a chorros. Incluso a los jinetes auxiliares, vestidos únicamente con una túnica ligera, se les cortaba el aliento del calor que hacía.

Uno de esos auxiliares era Elio Rodrigo, criado de Constante. Animado por los ruegos de sus compañeros, adelantó a los catafractos y se puso a la altura de su señor con la intención de preguntarle cuándo delante ordenaría que hicieran un alto. Constante cabalgaba con la cofia y el casco colgados de la espalda, a rostro descubierto, lo cual facilitaba las cosas; pero su expresión era tan grave y concentrada que a la hora de la verdad Rodrigo se lo pensó dos veces y se limitó a seguir a su señor de cerca, esperando a que llegara el momento propicio para exponerle la petición.

Los caballeros llevaban ya día y medio de marcha, sin dar apenas descanso a las monturas ni desembarazarse en ningún momento de sus armas. Habían encontrado las dos posadas imperiales que había entre Barcino y Tarraco —las *mansiones* Palfuriana y Stabulonovo— arrasadas hasta los cimientos. Por si no bastara con eso, se veían obligados a acompasar su paso al de la recua de mulas que les seguía, notablemente lento. Sus arrieros iban a pie y llevaban a las pobres bestias sobrecargadas con voluminosos y pesados odres de vino, lo cual retrasaba considerablemente la marcha.

Constante se fijó de pronto en una villa arruinada que se erguía sobre una loma, a orillas del mar, y refrenó su caballo. Haciendo visera con su diestra la observó detenidamente, vio que las olas lamían las vertientes rocosas sobre las que estaba asentada y concluyó que, permaneciendo a la sombra, debía de ser un lugar fresco y seguro.

—Los caballos están exhaustos —le explicó Constante a Aurelio, el *draconarius* de su centuria—. Descansaremos

ahí arriba y proseguiremos nuestra marcha cuando el sol empiece a declinar.

Todos los jinetes soltaron un suspiro de alivio, todos menos el mercader Apolonio, que al verlos detenerse picó espuelas a su palafrén y se adelantó con él hasta situarse a la altura de Constante. En cuanto el centurión le hubo repetido la decisión que había tomado, puso cara de preocupación y reflexionó por unos instantes.

—Nosotros proseguiremos con nuestro camino —dijo al fin—. Debo entregar mi mercancía en el puerto antes de que anochezca y zarpe el barco convenido.

—¿Estáis seguro? Los caminos son arriesgados.

—Asumiré el riesgo. Reconozco esa villa, y puedo aseguraros que queda a dos leguas de Tarraco. Pasado el monte boscoso de ahí delante, se divisan ya sus murallas. Dudo mucho que nos asalten unos bandidos estando a tan poca distancia de la ciudad.

—En tal caso, que Mercurio os proteja.

Así pues, mientras el mercader y su recua de mulas reemprendían el viaje, la partida de caballeros siguió el sendero empedrado que llevaba hasta la villa o, mejor dicho, lo que quedaba de ella. Ya desde la propia calzada se advertía que la mayor parte de las edificaciones carecía de techo.

Mostraba en efecto indicios de haber sido saqueada pocos meses atrás, quizás en la última incursión alamana, en la que los bárbaros habían arrasado la mayor parte de villas y posesiones rurales de la provincia. Los caballeros encontraron las puertas claveteadas de la entrada hundidas y la hierba creciendo entre las losas del patio principal.

Aparte de un cierto olor a moho, lo que más llamaba la atención era el silencio del lugar, abrumador, opresivo; un

silencio que era únicamente roto por los cascos de los caballos repiqueteando contra el empedrado. No se oía ningún canto de pájaros ni ruido de insectos: incluso el estridente chirrido de las cigarras, que les había estado acompañando a lo largo del día, quedaba enmudecido en el interior de aquel recinto en ruinas.

Descubrieron en la pared del fondo del patio un abrevadero y se dirigieron rápidamente hacia él, con el fin de saciar la sed de sus bestias. El primero en desmontar fue Elio Rodrigo. Ató las riendas de su corcel a una argolla, y ya se disponía a hacerlo con las de su señor, cuando justo en ese instante los caballos empezaron a piafar todos a una y a echarse hacia atrás, con las orejas erizadas y los ojos abiertos de par en par. Extrañado por su reacción, Rodrigo se acercó al abrevadero y se asomó a él.

Se llevó una desagradable sorpresa. Decenas de cuerpos humanos se amontonaban contra el barro agrietado del fondo, que había preservado intacta su parte enterrada, fusionando los restos en un mismo tono ocre; de la parte que estaba al descubierto solo quedaba en cambio la osamenta, que refulgía con una blancura deslumbrante bajo la luz del mediodía. La mayoría de las cabezas estaban hendidas por la mitad, probablemente las había partido alguna hacha de doble filo como las que usaban los bárbaros. Las que más abundaban entre ellas eran las infantiles. A Rodrigo le llamaron enseguida la atención los restos de una niña, con su larga cabellera empastada en el barro. La pequeña abrazaba una muñeca de trapo, que apretaba contra su frente abierta y hueca. Al verla no pudo evitar que se le formara un nudo en la garganta.

—Malditos sean los alamanes y todos los de su ralea —exclamó Aurelio, dando voz a lo que pensaban los demás—. Debí de ser una auténtica matanza. A saber dónde se habrán llevado a las mujeres y qué habrán hecho con ellas...

Y a Rodrigo entretanto le era imposible desviar su atención de la diminuta calavera con tirabuzones polvorientos que se arrimaba a la muñeca, hasta que, de pronto, un repentino murmullo a sus espaldas le distrajo de sus pensamientos. Su señor Constante estaba cabeceando y farfullando palabras en su lengua árabe natal, sin prestar atención a la realidad circundante. El criado supuso que debía de estar siendo asaltado por algún violento recuerdo de su pasado. Tras la primera reacción de asombro, se le acercó rápidamente y, estrechándole una mano, le preguntó:

—¿Decíais algo, mi señor?

Constante se recompuso y, avergonzado por haber perdido el control de sí mismo, repasó con la mirada a sus hombres, que le estaban contemplando en silencio. Respiró hondo y, al fin, con brazos aún temblorosos, les ordenó:

—Pasaremos la tarde en este sitio. Estoy seguro de que por aquí cerca encontraremos alguna cisterna con agua potable.

Y, efectivamente, tal y como había supuesto el centurión, no tardaron en hallar un aljibe subterráneo con abundante agua en buen estado. El caballero concedió licencia a sus hombres para descansar y, seguido por su criado, se adentró por unos baños que se alzaban cerca del patio y que conservaban intacto el techo, formado por cúpulas de hormigón. La brisa marina recorría de punta a punta aquellas estancias con los cortinajes arrancados, las puertas descuajeringadas y las ventanas sin vitrales. Se detuvieron en una de las salas más suntuosas, presidida por una bañera de pórfido rosado. Constante quería presentarse de un modo decente ante su hermana Valentina, así que pidió a su criado que le trajera agua de la cisterna con el cubo. En cuanto Rodrigo hubo hecho su recado, ayudó a su señor a desembarazarse de su pesada loriga

con escamas de acero y de la túnica acolchada que llevaba debajo, acartonada por el sudor; luego pasó a frotarle con una esponja la mugre que le recubría el torso y el polvo de las barbas.

Poseía Constante Barsemis un noble semblante, con el pelo espeso y rizado, la nariz aguileña y unos ojos vivos y negros que expresaban la determinación de su carácter. Su cuerpo era además recto y fornido, moldeado por más de veinte años de entrenamientos militares y combates; de no ser por las incontables cicatrices que lo surcaban habría podido pasar por la viva imagen de Hércules. Aquella tarde, sin embargo, una nube de melancolía le ensombrecía el rostro y hacía que sus gestos fuesen lentos y desmañados.

Se sentaron los dos en el bordillo de la bañera y Rodrigo extrajo de sus alforjas el almuerzo de la jornada, consistente en una hogaza de pan acompañada por queso y olivas. A pesar de ser amo y criado hombres duros, avezados a las matanzas de cualquier índole, a Rodrigo se le había formado un nudo en el estómago que le impedía comer, como no fuese dando pequeños y ocasionales mordiscos; por lo que se refiere a Constante, ni siquiera probó bocado. El criado se preguntó si existía alguna circunstancia que ignoraba y que explicaba la reacción exagerada de su amo al ver los cuerpos del abrevadero y su estado melancólico actual. Al fin, agobiado por el silencio del centurión, decidió salir de dudas y le preguntó:

—¿Mi señor...?

—No hace falta que sigas, Rodrigo. Ya he adivinado tu pregunta —le cortó—. Estoy doblemente preocupado. La última carta que he recibido de mi hermana Valentina era muy extraña. Me comunicaba en ella lo desesperada que se sentía por un motivo indefinido... que no se atrevía a nombrar. Por si no bastara con eso, su marido Julio me ha enviado otra que he recibido anteayer en Barcino. Desea que le

ayude a resolver unos casos muy extraños que están ocurriendo en Tarraco estos días..., casos relacionados con algo que presencié en Palmira, hace mucho tiempo.

—Quizás lo de vuestra hermana sea una crisis pasajera y ya hayan resuelto los casos cuando lleguemos a la ciudad —se aventuró a decir, a modo de consuelo.

—Quizás. Lo cierto es que ahora mismo... —y pronunciadas estas palabras la vista se le nubló y parecía que se le cortaba el aliento— al ver los cuerpos, acabo de recordar algo que casualmente sucedió en la misma Palmira....

En aquel punto se quedó callado, esforzándose por reponerse. Un leve temblor agitaba su barbilla. Cerró los ojos con fuerza y cuando los volvió a abrir le dirigió a Rodrigo una cariñosa mirada y le revolvió el flequillo. A continuación le dijo que prefería quedarse a solas y que le daba licencia para retirarse.

El criado estaba sucio y sudoroso, así que dejó a su amo sumido en sus pensamientos y se precipitó corriendo hacia la cisterna, en cuyas frescas aguas se zambulló. Se quedó allí un buen rato, chapoteando en compañía de su colega Junio y otros auxiliares, dispuestos a disfrutarlas antes de que vinieran las cabalgaduras y las ensuciaran con sus morros. Terminado el baño, se retiró con Junio al *frigidarium* de las termas. Se tendieron juntos en las gradas circulares de un muro, dejando que la brisa marina acariciara sus cuerpos desnudos, que ofrecían un marcado contraste. Rodrigo era de orígenes godos y tenía la tez de tono lechoso y moteada de pecas; la de Junio, por el contrario, estaba espléndidamente bronceada. Los ojos de ambos jóvenes vagaron durante unos instantes por los magníficos frescos del zodiaco que recubrían la cúpula, con sus signos y constelaciones representados sobre un fondo azul turquesa.

—Elio —le dijo Junio en voz baja, pues el primer nombre del criado era el que preferían usar sus compañeros—,

a todos nos ha extrañado la reacción de tu amo cuando hemos descubierto esos restos. ¿Te ha explicado a qué es debida?

—No he podido sacar nada en claro —respondió Rodrigo—. Creo que ese montón de cuerpos le ha traído a la memoria algún mal recuerdo de una campaña anterior, algo que presenció en Palmira.

—La verdad es que nos ha dejado a todos de piedra —concluyó Junio—, tanto más cuanto que a la hora de atacar a los enemigos él es precisamente quien se arroja con más ímpetu y valentía contra ellos.

—Sé que nuestro señor considera el combate como una especie de desafío personal, una prueba de hasta dónde podría llegar con la fuerza de sus brazos; sin embargo, también soy consciente de cuánto le repugna que soldados que luchen en su mismo bando asesinen a niños indefensos, como los que yacen en el abrevadero.

Tras pronunciar estas palabras se quedó callado, sin responder a ninguna otra pregunta de su curioso amigo. Era así como se explicaba la sorprendente reacción de Constante por aquel entonces, con algo que tuviera que ver con los remordimientos del pasado; y, a decir verdad, no iba tan desencaminado.

Reemprendieron la marcha un par de horas después, tan pronto como el sol hubo iniciado su curso descendente por el firmamento. Rodrigo abandonó aquellas ruinas con cierto alivio, pues siempre le habían causado recelo los cuerpos insepultos, y más aún los de aquellos que habían perecido a causa de una muerte violenta. Aurelio cabalgaba al lado de Constante, enarbolando su estandarte rematado por una figura de dragón, cuya larga cola aleteaba con fuerza. Los caballeros estaban ansiosos por llegar lo antes posible a Tarraco e iban al trote; a pesar de ello, los

cascos de los corceles quedaban ensordecidos por el chirrido de las cigarras, que había subido notablemente de volumen al atardecer.

Se adentraron por un pinar denso y sombrío, con piñoneros de ramas elevadas y el suelo alfombrado de agujas. Al poco rato unos cuervos pasaron volando hacia la izquierda. Mal augurio, se dijo Rodrigo al tiempo que una vaga inquietud se apoderaba de él. La carretera rodeaba a partir de aquel punto un roquedal, formando una curva muy cerrada. En cuanto la hubieron rebasado, los caballeros tuvieron que refrenar sus monturas, atónitos por el siniestro espectáculo que se ofrecía ante sus ojos en un claro del bosque.

Desde el lugar en que se detuvieron se podía ver la caravana del mercader con las mulas paradas a la vera del camino. Los cuerpos de los arrieros yacían inertes sobre la calzada, con la cabeza grotescamente vuelta del revés, señal inequívoca de que acababan de ser degollados. Una decena de forajidos estaban despojándolos de sus vestiduras y quitándoles el calzado. Había sido una matanza en toda regla. Apolonio y sus arrieros se habían topado con el Orco a poco menos de una milla de su destino. Rodrigo sabía que en la época que le había tocado vivir la Fortuna solía dar esta suerte de giros; aun así, le enfureció la crueldad gratuita que habían mostrado los bandidos contra unos mozos cuyas únicas armas eran unos tristes garrotes. Sintió que el ritmo del corazón se le aceleraba y que le palpitaban con fuerza las sienes, tal y como le solía ocurrir antes de cada combate.

—En formación de cuña —dijo Constante.

En cuanto hubieron oído la orden, los catafractos se cñeron los cascos y apoyaron sus pesadas lanzas en el ristre de la silla, maniobrando con los caballos hasta componer una especie de V. En verdad que era un espectáculo digno

de ver: bajo el sol de la tarde relucían deslumbrantes las encimeras doradas de los cascos y las lorigas de acero. Los auxiliares se situaron de inmediato detrás de ellos, abrazando sus escudos de cuero y dispuestos a seguirlos hasta el mismo averno, si era preciso.

El centurión gritó entonces la señal de ataque, antes de hincar las espuelas en las ancas de su corcel:

—*Nemesis Victrix!* *

Y el resto de los caballeros le respondieron al instante, espoleando sus monturas. Los bandidos oyeron los gritos, alzaron la vista y descubrieron de pronto la ola de metal que estaba a punto de abatirlos, avanzando a una velocidad de vértigo por la calzada. Algunos entendieron enseguida lo que ocurría y se echaron a correr en pos de los árboles más cercanos para refugiarse a su sombra. Los más se quedaron ahí de pie, atónitos durante unos instantes, los suficientes como para que los catafractos los embistieran con sus lanzas. Un par de ellos aún tuvieron ánimos de hacerles frente, arrojándoles unas jabalinas que rebotaron inofensivas contra las lorigas. De bien poco les sirvió, pues enseguida fueron arrollados y arrastrados por las monturas acorazadas.

Finalizada la primera acometida, Constante tiró de las riendas, giró grupa y espoleó a su caballo para perseguir a uno de los fugitivos. Rodrigo, que no apartaba los ojos de su señor, volvió asimismo la grupa de su corcel y lo siguió de cerca, temiendo por su vida. El centurión no solo alcanzó al fugitivo y lo ensartó por el cogote con su lanza, sino que además desenvainó su espada larga y arremetió contra otro de los bandidos. Habiéndose aproximado lo bastante a él, apretó la espada con ambas manos y descargó

* «Némesis victoriosa». Némesis era la diosa de la venganza.

tal golpe sobre su cabeza que se la partió en dos, como un melón. Por desgracia perdió el equilibrio en ese instante, inclinándose peligrosamente hacia el lado izquierdo, momento que aprovechó otro de los forajidos para saltar sobre él e intentar degollarlo. Mal lo habría pasado Constante de no ser por su fiel servidor, Rodrigo, que le asestó un certero golpe al salteador con su venablo, atravesándole la espalda limpiamente, de parte a parte. El centurión aprovechó el momento para reincorporarse sobre la silla y rematarlo, rebanándole la arteria con el filo de su espada. Un repentino chorro de sangre le salpicó el rostro a Rodrigo, ensuciándose con su tacto viscoso e impregnándole los pulmones con su olor dulzón. El criado se secó los párpados como pudo y, cuando al fin fue capaz de abrirlos, miró en derredor. Sus ojos se cruzaron con los de su señor, que estaba soltando un suspiro de alivio.

La lucha había terminado, en la carretera solo quedaban ya un par de forajidos que suplicaban de rodillas por su vida, y otro más que se había subido a unas ramas. Ni uno solo de los caballeros había caído. Constante le dirigió una mirada cómplice a Rodrigo y depositó afectuosamente el guantelete con escamas de acero sobre su hombro. Con esa, era ya la tercera ocasión en la que el criado le salvaba la vida.

Intrigados por la curiosidad, dirigieron sus monturas hacia el forajido subido a una encina. Observaron que sostenía en sus manos una espada y que amenazaba con clavársela en el pecho. Aurelio estaba a los pies del árbol, dudando sobre lo que se debería hacer con aquel hombre: ¿había que dejarle que se quitase la vida? Incluso desde la distancia se podía apreciar que el joven ofrecía un aspecto enfermizo, como si una dolencia nerviosa lo estuviese consumiendo. Su rostro tenía las mejillas contraídas y los ojos vidriosos y hundidos. Los bruscos ademanes que hacía

blandiendo la espada y la flaqueza de su cuerpo no hacían sino confirmar esta impresión.

—Me llamo Polibio —aseguró el joven—. Buscad a Nafsha y decidle que todo lo que he hecho ha sido por su amor..., que no puedo vivir sin ella..., que la amo hasta el punto de morir por ella, sí, ¡hasta morir!

Dichas estas palabras, Polibio emitió una carcajada histérica, se perforó el corazón con la espada y se desplomó sobre el suelo, donde permaneció unos instantes revolcándose en su propia sangre y balbuceando palabras incomprensibles hasta que exhaló su postrer aliento.

Poco después, Constante reparó en que el comerciante Apolonio seguía con vida, atado de pies y manos al lomo de un mulo. Al parecer, los bandidos tenían la intención de llevarlo a su guarida y de pedir un rescate por él. Junio le cortó de inmediato las ataduras, y el hombre, al verse libre, se hincó de rodillas ante el centurión, besándole los pies.

—Gracias, señor, mil veces gracias.

Los arrieros que llevaban su recua de mulas acababan de fallecer, pero los animales y su carga de odres seguían intactos. Apolonio miró con compasión los cuerpos sin vida de los sirvientes y de pronto su vista recayó sobre el cuerpo de Polibio.

—Un suicidio por amor —exclamó Junio con sorna—. ¡Qué poético!

—¡Qué va! —aseguró Aurelio—. Ese de lo que tenía miedo era de que lo sometieran al tormento y a la crucifixión por salteador. Sin duda ha preferido una muerte rápida.

—Disculpad, señores —intervino Apolonio, visiblemente trastornado—, pero yo os puedo asegurar que este joven era en efecto el caudillo de los bandidos y que además le conocía. Pertenecía a una familia de alta alcurnia, los Vero de Tarraco. Polibio, en cambio, no me ha reconoci-

do a mí porque la última vez que lo vi todavía era un niño. Se rumoreaba que su familia había quedado arruinada y que él reaccionó armando a sirvientes suyos y echándose al monte con ellos. Desconocía que estuviera enamorado de esa Nafsha hasta tal extremo, pero... podría ser cierto.

—*O tempora, o mores!** —comentó Aurelio.

Recogieron el cuerpo sin vida de Polibio, ataron a los dos forajidos prisioneros a unos mulos que liberaron de su carga y reemprendieron el viaje, abandonando el resto de los cuerpos a la vera del camino. Les urgía llegar antes del anochecer a la ciudad, no fuera a suceder que los bandidos que habían conseguido huir regresaran con otro contingente más numeroso y les tendieran una emboscada.

No tardaron en aparecer ante sus ojos las murallas de Tarraco. Por encima del larguísimo cinturón de piedra color miel, despuntaba la esbelta columnata del templo de Helios Augusto, triplicándolo en altura. El frontón del santuario estaba coronado por una quadriga del dios Sol bañada en oro, que resplandecía de un modo deslumbrante bajo los rayos perpendiculares del ocaso. Al divisar la ciudad, los caballeros apresuraron su marcha sin sospechar lo que les estaba deparando la voluble diosa Fortuna.

* «¡Qué tiempos y qué costumbres!». Frase de Cicerón (*Catilinarias*, I, 1) que solía usarse en tono sarcástico.